

## Eduardo, Anita y el ragú

JOAN DE SAGARRA - 08/02/2004

El miércoles me fui al Teatre Nacional a ver "Dissabte, diumenge i dilluns", la comedia de Eduardo de Filippo. Esta comedia, traducida y dirigida por Sergi Belbel, cosechó la pasada temporada, en el mismo escenario, un éxito impresionante, éxito que se repite ahora: en la función del pasado miércoles se agotaron las localidades y, según me dijeron los responsables del teatro, todo está prácticamente vendido hasta el 29 de este mes, fecha en que finalizan las representaciones.

El mundo de la farándula es un mundo de una extrema fragilidad, de una susceptibilidad a flor de piel, y los éxitos, y más cuando son del calibre del que nos ocupa, suelen producir entre los cómicos reacciones enfrentadas. Los hay que se alegran y los hay que se esfuerzan en minimizar ese éxito, vamos, que no lo perdonan. Desgraciadamente, los segundos abundan más que los primeros. Así pues, no es de extrañar que cuando yo comenté con unos amigos mi interés por ir a ver este espectáculo, una actriz me saliese con que el teatro de Eduardo –como le llaman en Italia– era un teatro viejo, "populista", sin la categoría de un clásico (la moza mencionó entonces a Pirandello); un autor indigno de programarse en un Teatre Nacional, "un teatro –dijo– que suele llenarse con colegios".

A mí me gusta mucho el teatro de Eduardo. Y me seguiría gustando aunque ignorase, como al parecer ignoraba la actriz, que se trata realmente de un clásico, de un autor eminentemente popular, cuyas obras han pisado los escenarios del mundo entero –desde el National Theatre londinense, donde, en 1973, Lawrence Olivier y Joan Plowright interpretaron la misma comedia que hoy se representa en el Teatre Nacional, hasta el teatro Hayuza de Tokio, pasando por la Schaubühne berlinesa y el Dramaten de Estocolmo, el teatro de Bergman–, y las siguen pisando. Me seguiría gustando aunque ignorase que Eduardo y Pirandello se tuteaban y que el segundo le debe al primero, al actor Eduardo de Filippo –y a sus hermanos Titina y Peppino–, algunos de sus grandes éxitos. Y me seguiría gustando aunque ignorase que con "Napoli milionaria!" (1945), al escucharse la última réplica –"S'ha da aspettà. Ha da pasa 'a nuttata!"– mientras caía el telón del napolitano teatro San Carlo, Eduardo se había inventado el célebre neorrealismo italiano; o ignorase que Strehler le trataba de "maestro" y el presidente Sandro Pertini lo había nombrado senador vitalicio tras la muerte de Eugenio Montale.

A mí me gusta mucho el teatro de Eduardo porque, entre otras razones, soy un enamorado de Nápoles, y Nápoles no se entiende sin el teatro de Eduardo, como no se entiende sin Totó, su gran amigo y compañero Totó. En más de una ocasión he volado a Nápoles tan sólo para ver una obra de Eduardo. La última vez fue para ver a la compañía de Carlo Giuffrè interpretando en el Bomero "Natale in casa Cupiello". ¡Qué maravilla! ¡Y qué delicia de público! Cómo reía y lloraba ese público. Reía o lloraba antes de terminar una réplica, una frase, la frase: se las sabían todas. También aquí he visto buenos montajes de obras de Eduardo, alguna que otra notable "Filumena Marturano", pero es distinto de lo que ocurre con los actores y el público napolitano. Aunque hay excepciones. Recuerdo una representación de "L'arte della commedia", en versión catalana, en Sant Andreu, al principio de los noventa, en la que Joan Anguera, alias "¡Champán!", nos ofreció una interpretación jubilosa y descaradamente napolitana.

"Sabato, domenica e lunedì", la obra que se representa en el Teatre Nacional, es de las pocas obras de Eduardo que no había visto, ni en Nápoles ni en ninguna otra parte. La tengo en vídeo, dos vídeos: uno con la interpretación de Eduardo del personaje de Pepino Priore (y Puppela Maggio en el de Rosa, su mujer) y otro con la interpretación de su hijo Luca del mismo personaje (y Sofía Loren en el papel de Rosa). Ambos excelentes. Lo del Teatre Nacional es otra cosa. Necesariamente otra cosa. Porque la bocaza del Nacional y su sordera congénita no permiten demasiadas sutilezas, y aunque Belbel y los escenógrafos han tenido la feliz idea de jugar la carta del teatro dentro del teatro, introduciendo en la bocaza del Nacional una especie de teatro Paradiso, como el célebre cinema, un teatro memoria que al

terminar la funció se aleja lentamente del público, como un barquito, antes de ser engullido por las fauces gigantescas del Nacional; a pesar de ello, los actores se ven forzados a pasar de Eduardo a Arniches, rozando la caricatura y gritando a veces como unos condenados. Pero la cosa funciona y funciona bien.

La obra es de 1959 y muestra a una familia de comerciantes –tres generaciones– que acusa los cambios sociales y económicos del Nápoles de aquella época. Esta sería la parte “vieja” de la obra, que decía nuestra actriz. Pero luego está el ataque de celos, infundados, del señor Peppino Priore respecto a su mujer, Rosa. Algo infinitamente más viejo, como en el caso de Otelo, y a la vez muy napolitano. Una pareja que ha llegado a los cincuenta años y vive la crisis propia de la edad, azuzada por pequeñeces que se quedan dentro de cada uno y crecen como bichos. Y eso es precisamente lo que yo quería ver: la mirada de rencor, de mujer ofendida y humillada de la señora Priore a su marido Peppino, que no solamente ya no la mira como antes la miraba, sino que apenas le habla y, máximo desprecio, se niega a probar el ragú que la buena mujer ha estado cocinando durante horas con tanto cariño.

Y esa mirada de la señora Priore yo quería verla en los ojos de Anna Lizaran, mi queridísima Anita. Porque, después de más de treinta años de ejercer la crítica teatral, no me avergüenzo de confesar que lo que más me gusta del teatro son las actrices. De niño pasé más de una tarde con mi padre en el camerino de doña Maria Vila, en el teatro Romea; crecí admirando a actrices muy distintas pero igual de grandes, como la señora Emilia Baró, María Casares o Valentina Cortese, y cuando, en 1976, siendo ya crítico teatral, llegó el Teatre Lliure, me enamoré de Anita Lizaran, mi actriz favorita. Quería, pues, ver esa mirada en los ojos de Anita y más sabiendo que esa mirada iba dirigida a su compañero del Lliure, el grandísimo actor Jordi Bosch. Por momentos, llegué a verla, una mirada espléndida, una de esas miradas que lo dicen todo y más, pero lo que me emocionó fue la mirada del final, una vez superada la crisis, cuando Anita Priore, mujer enamorada y agradecida, contempla a su marido como la primera vez que lo vio en la tienda de sombreros de su padre. La mirada de Anita tiene la misma dulzura de esos babás que la señora Scarturchio prepara en su pastelería, la mejor de Nápoles, frente a la basílica de San Domenico Maggiore.

La función dura tres horas, con dos entreactos de un cuarto de hora. Empieza a las ocho y media y termina a las doce. Y mientras tanto la señora Priore prepara el ragú del domingo. Y el teatro se va llenando de olor a cebolla y tomate frito, a albahaca. El ragú no para de “pippiare” hasta que, en el segundo acto, aparecen los famosos “maccarune” y uno, que es un gran “macconaro” y que no ha cenado, siente un deseo irresistible de subir al escenario, a probar aquella delicia que Peppino Priore rechaza. Pero se contiene. Terminada la función, Anita me dice que no son más que unos vulgares macarrones con salsa de tomate. Nada de ragú: unos vulgares macarrones de teatro, de puro teatro. El restaurante del Nacional, que para la ocasión sí ofrece el ragú, cierra los miércoles y ya es tarde para ir a La Bella Napoli (Margarit, 14), la mejor cocina napolitana de Barcelona. Y uno, resignado, enciende un habano y abandona el teatro a la caza de un taxi mientras canturrea la vieja canción de Giuseppe Marotta: “A me dateme ‘o rragù, ca fa sempe dummeneca...” (Este domingo, en casa nos zamparemos



**TERESA MIRÓ**

**Anna Lizaran y Jordi Bosch son los dos acertados intérpretes de la obra "Dissabte, diumenge i dilluns", de Eduardo de Filippo, que se representa en el Teatre Nacional de Catalunya**

un ragú).